

EL PROCESO DE INTEGRACION AFRICANA EN LA HORA DE LA DESCOLONIZACION

Africa es un continente muy complejo y muy fluido, sobre una base étnica y cultural autóctonas, sumamente diferenciada según las zonas, se ha superpuesto la cultura y la lengua de las potencias colonizadoras permeando en grado variable casi todas las capas de la población africana y yuxtaponiendo a las disparidades precoloniales unos nuevos elementos diferenciadores que, si fueron inicialmente foráneos, hoy han sido incorporados más o menos profundamente por todos los pueblos africanos, en un proceso de transculturación todavía en marcha, tanto por la fuerza acumulada por el mismo como por las vinculaciones culturales, técnicas, económicas, militares e incluso políticas que se han conservado entre muchas de las naciones africanas y sus antiguas metrópolis.

Por ello, al sonar en Africa la hora de la independencia el continente se hallaba dividido, no sólo étnicamente, sino política y culturalmente, aunque existiese con bastante anterioridad una firme pero difusa creencia en la unidad africana. Creencia que ha plasmado en una serie de intentos, con éxito variable, de realizar una integración, ya general, ya parcial, tanto en el plano puramente técnico como en el económico o en el político.

En términos generales podemos definir el Africa actual en cuatro grandes grupos socio-político-culturales, que han seguido líneas paralelas en la búsqueda de la integración: Africa blanca o colonial —en cuyo estudio no entramos sino marginalmente, Africa latina, Africa sajona y Africa árabe. Aunque algunos Estados, como Etiopía, sean difícilmente localizables en alguno de estos grupos, y otros, como Mauritania o Sudán, estén a caballo entre dos de ellos.

La idea de la integración precede en los Estados africanos al logro de la independencia, y los ensayos para realizarla se inician tan pronto aparece la autodeterminación como un ideal alcanzable a corto plazo.

Inicialmente se colocó a la integración económica en lugar prioritario, pero ésta, por una serie de razones que luego examinaremos, no tuvo sino logros limitados y parciales.

Los propios caudillos que llevaron a la independencia a los países africanos, todos ellos con un profundo espíritu panafricanista, ignoraban la plétora de dificultades que encontrarían en el camino de la integración; esfuerzos no faltaron: binacionales, plurinacionales o continentales; en los campos político, económico o técnico; con resultados que, si no fueron acompañados del éxito que soñaron sus promotores, consecuencia de la constelación de fuerzas centrífugas y centrípetas, que han mantenido a los Estados africanos desde su nacimiento como entidades políticas independientes en la peligrosa alternativa de la unión y la desintegración; sí plasmaron en una serie de realizaciones parciales.

Se considera generalmente que el factor desintegrador más importante es el «tribalismo».

En Africa, según los etnólogos, existen aproximadamente 6.000 «tribus», con sus propias tradiciones y lealtades, una infraestructura socio-política y unas costumbres e intereses frecuentemente incompatibles con las del «Estado nacional», que se está imponiendo en Africa, y con las de cualquier super-Estado.

Muchas de dichas tribus fueron divididas entre los diversos Estados por fronteras coloniales artificiales, mantenidas tras la independencia.

Sin embargo, sobre la tan mentada tendencia africana al «tribalismo», es necesario hacer una serie de reservas. En primer lugar, las «tribus» no son algo permanente, estático y que hayan existido en su forma actual desde el principio de los tiempos. Todas ellas han sido más o menos tocadas por la influencia de la colonización y son incluso, en ocasiones, consecuencia de ella¹.

Por otra parte, sus límites, sus lenguajes ancestrales y notas distintivas se han difuminado en multitud de casos ante los acontecimientos políticos, el fenómeno del urbanismo y la evolución económica.

¹ Por ejemplo, los «fernandinos» en Fernando Poo.

Y, por último, muchas de las llamadas «tribus» constituyen auténticas etnias con varios millones de miembros, auténticos grupos raciales no distintos como tales de los existentes hoy en día en el continente europeo.

Frente al «tribalismo», y para superarlo, se ensayó el federalismo, normalmente sin éxito, y con resultados que pusieron en peligro en más de una ocasión la existencia de los propios Estados nacionales, por lo que hoy se va imponiendo el centralismo en toda Africa.

Pero uno de los efectos de las fronteras coloniales, al incluir en el seno de los nuevos Estados, etnias no sólo diferentes, sino históricamente hostiles, ha sido la creación de graves tensiones internas. Incompatibilidades harto frecuentes al convertirse en políticamente hegemónica una de las etnias rivales, cuya consecuencia es el «nepotismo tribal» y la eliminación de los beneficios del poder de los otros grupos con las naturales tensiones y resentimientos², y que si no han llevado a la desintegración nacional y a la violencia, sino en contadísimas ocasiones se ha debido al fino instinto político de los líderes africanos, plenamente conscientes del peligro de descomposición de los nuevos Estados en pequeñas entidades políticas.

Al «tribalismo» se une el hecho de que entre el Africa árabe y el Africa negra existe una «frontera invisible»: el paralelo 13°, expresión feliz del periodista francés Jean Pouget, referida a esa divisoria que marca en Africa la separación entre la manigua y el páramo; la del negro y del arabizado; la del cristiano y animista del musulmán; la del asimilado por la cultura de la antigua metrópoli colonial y del hombre de cultura tradicional. Frontera que parte los Estados, creando en el seno de los mismos las consiguientes tensiones comunitarias, de las que han sido ejemplo en uno u otro momento: Sudán, Níger, Chad y Mauritania.

Por otra parte, y como un obstáculo más a la integración, aunque no sea ni con mucho el más importante, no podemos olvidar la existencia en las comunidades islamizadas de la región desértica y subdesértica, de una elevada proporción de nómadas, dedicados a una ganadería extensiva, cuyo número se eleva a más de 500.000 personas, y que, dado su régimen

² Este tipo de tensiones ha sido general en un momento u otro en todo el Africa subsahariana; así, por ejemplo, en Ruanda, en 1963-64, entre los bahutos y los hasta entonces dominadores watusis. En la República Malgache entre los tsimihety apoyados por los ambahakoana y betsimisaraka frente a los merinas de la región central. En el Congo (Brazzaville), entre las etnias del Norte y los bakongos. En el Chad, los sara frente a los árabes. En Kenia los luos frente a los kikuyos, etc.

itinerante de vida, son difícilmente integrables en el ideario y la mística nacionalista hoy imperante en las nuevas naciones ³.

Por último, hay que tener en cuenta que las fronteras de los nuevos Estados africanos son las coloniales y que, al producirse la independencia, la transferencia de la soberanía se hizo a las unidades territoriales y no a las supraterritoriales existentes, y los herederos del poder político tienen interés en mantener incólumes la autoridad y fronteras de sus naciones, por lo que el creciente sentimiento nacionalista, común a todas las naciones de reciente independencia, constituye un elemento que neutraliza al «tribalismo», pero que constituye igualmente un poderoso obstáculo a la creación de unidades supranacionales en el África nueva.

Estas fronteras, creadas en fecha no lejana por las Potencias europeas sin contar con las poblaciones africanas, han llegado a tener un gran valor emocional, que el presidente de Tanzania, Julio Nyerere, ha podido resumir en la frase: «Nuestras fronteras son tan absurdas que son sagradas», y, de hecho, la OUA ha adoptado como uno de sus principios básicos el del «autoposidetis» colonial.

Y el creciente nacionalismo ha plasmado también en expulsiones, a veces masivas, de súbditos de otros países por los nuevos Estados, no obstante las protestas de solidaridad africana ⁴.

Pero si las dificultades políticas a la integración son, como vemos, muy grandes, las económicas no eran menores y, producto en gran parte también de la herencia colonial, han constituido un obstáculo nada despreciable en dicha vía, no obstante su evidente necesidad en ese campo por la pequeñez de los mercados nacionales, debido a lo reducido de la población y al bajo nivel de renta *per capita* en la mayoría de ellos.

Por una parte, durante la era colonial poco o nada hicieron las metró-

³ Que tal situación constituye un problema plurinacional, que exige también soluciones de este nivel, se puso de relieve en la conferencia de Niamey (septiembre de 1968), en la que participaron el Chad, Etiopía, Mali, Mauritania, Níger, Somalia y Sudán; aunque adoptó la denominación, un tanto ambigua, de «Conferencia para la integración de las poblaciones tribales y semitribales».

⁴ Así, por ejemplo, las expulsiones de dahomeyanos por Costa del Marfil (1964) y Níger (1967) o de nigerianos, voltaicos y togolese por Ghana (1969).

Los dahomeyanos ocupaban en el África Occidental Francesa gran parte de los cargos medios de la administración colonial, los nuevos Estados trataron de sustituirlos por sus propios nacionales.

En 1969 en Ghana, los naturales de otros países africanos constituían más del 25 por 100 de la población total, en gran parte sin permisos de residencia. Los nigerianos eran 1.000.000; los togoleños, 196.000, y 186.000 los voltaicos.

polis para fomentar los contactos entre los territorios por ella regidos y los gobernados por otras Potencias europeas. Escasísimo era el comercio mutuo y las vías de comunicación, principalmente en el Africa occidental, siguen a veces absurdos derroteros para evitar el tránsito por territorios de otra soberanía⁵, las comunicaciones intercoloniales eran con frecuencia inexistentes, con lo que se carecía de entrada de un elemento esencial en la infraestructura de una economía supranacional.

Por otra parte, el propio comercio interafricano es proporcionalmente muy reducido⁶, ya que la industrialización es incipiente y las economías no son complementarias, sino competitivas; las nuevas industrias están altamente protegidas y se verían amenazadas por las de los Estados vecinos, de condiciones similares.

No obstante todos los obstáculos antes enumerados, se dan una serie de factores positivos innegables que favorecen el proceso unitario.

Por una parte, existe en los nuevos Estados un poderoso sentimiento de solidaridad nacido de su conciencia racial y anticolonialista; si lo primero parece excluir a los norteafricanos, el común sentimiento anticolonialista se aplica a los países septentrionales del Continente.

Por otra parte, contra lo que muchos esperaban, los gobernantes de los nuevos Estados se han mostrado, en general, hábiles políticos, con conocimiento de sus propias limitaciones nacionales, que, en el terreno económico, les imponen una colaboración a nivel supranacional para aumentar su bienestar, y en el político, para constituir una fuerza con peso en el teatro internacional.

Además, el carácter generalmente pacífico de la independencia de los nuevos Estados africanos y el mantenimiento de estrechos lazos económicos y ayuda de las antiguas metrópolis ha evitado nacionalismos agresivos e hiperestésicos. Y, por último, las crecientes élites urbanas, con plena conciencia de su africanidad, de su «negritud», como la describió el poeta Leopoldo Senghor, hoy presidente del Senegal, pero al propio tiempo muy influidas por Europa, no se muestran en absoluto inclinadas al tribalismo, y

⁵ Incluso era escasa la emigración a países que dependían de otra metrópoli; alguna emigración voltaica a Ghana; mozambiqueña a Africa del Sur; de nigerianos a Guinea Ecuatorial, muy poco más.

⁶ Sólo el 4 por 100 del total, frente al 10 por 100 en Iberoamérica y al 25 por 100 en Asia, con exclusión de Japón.

sí a buscar la colaboración de los demás Estados, sin por ello renunciar a una soberanía nacional que ya les es cara.

* * *

Los intentos panafricanos preceden, con mucho, a la independencia de las naciones del Continente y surgen precisamente en la era cenital del colonialismo.

En su inicio, el movimiento tuvo una enorme carga racial y surge a iniciativa de personalidades americanas de color: Williams, Du Bois, Garvey o Padmore.

El primer congreso panafricano se celebra en Londres en 1900. Y una vez concluida la primera guerra mundial, en que fuerzas africanas colaboraron considerablemente en el esfuerzo bélico, estos Congresos se celebran ya con cierto carácter regular, el primero de ellos tiene lugar en París en 1919 y el quinto en Manchester en los días finales de la segunda guerra mundial. El sexto ya se celebra en territorio africano—en Kumasi (Costa de Oro)—en 1953. Y cinco años después, ya en plena marcha el proceso de descolonización, se celebran en Accra, capital de la recién independizada Costa de Oro, que ha adoptado el nombre de Ghana, dos congresos: el de Pueblos Africanos y el de Estados Africanos Independientes, donde se pusieron ya de manifiesto las contradicciones entre los diversos Estados, una vez superada la lucha por la independencia que las ocultaba, y se comprendió, por primera vez, lo difícil que iba a resultar la ruta de la unidad continental.

Paralelamente a estos intentos integradores de carácter general que se realizan con anterioridad a la independencia, se inician movimientos limitados a las posesiones inglesas y francesas del África subsahariana, bajo la égida de la metrópoli respectiva o a iniciativa de las élites nacionales, pero con el apoyo o la tolerancia de aquélla, que aspiraban a la integración de disímiles territorios bajo el dominio colonial de una u otra de aquellas Potencias⁷.

Intentos confederales que buscaban evitar la balcanización del Continente, inspirados con frecuencia por los propios gobiernos metropolitanos, en

⁷ En cuanto a las potencias metropolitanas, su colaboración en África es muy tardía, ya en vísperas de la independencia, y su expresión más tangible la «Comisión para la Cooperación Técnica en el África Subsahariana», establecida en 1950, con carácter extraoficial por Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Portugal y África del Sur,

ocasiones pensando en el bienestar de los territorios de Africa, pero en más de una oportunidad en el beneficio económico de la metrópoli o en el de las comunidades de origen europeo establecidas en sus posesiones africanas.

* * *

En cuanto a los territorios franceses, surgen, concluida la segunda guerra mundial, dos movimientos que constituyeron en su día poderosos instrumentos unificadores: uno, cultural, con sede en París, «*Presence Africaine*»; otro, político, el «*Rassemblement Democratique Africain*» (RDA), creado en Bamako en 1946 y presidido por Felix Houphouet-Boigny, actual presidente de Costa del Marfil, que se convirtió en el partido político del Africa francesa subsahariana.

En 1956 se da un hito decisivo en el proceso descolonizador francés al aprobarse la Ley de Bases («*Loi Cadre*»), que estableció las condiciones para la autonomía de los distintos territorios; dicha ley favorecía la progresiva independencia de cada territorio separadamente, por lo que se buscaron soluciones confederales en el marco de las dos grandes agrupaciones coloniales galas en el Africa subsahariana.

La independencia de Guinea (Conakry), tras el referéndum de 1958, apresura dicho proceso independentista según líneas territoriales y no en el marco de las grandes agrupaciones existentes. El RDA se transforma primero en PRA («*Parti Revolutionnaire Africain*»), y en 1959, ya en vísperas de la independencia, en «*Parti de la Federation Africaine*» (PFA), apelativo que no impide la disgregación de las dos grandes unidades coloniales existentes y que se inicie con la Federación del Mali y el Consejo de la Entente⁸ el mismo año el mosaico de organismos que intentarán integrar el Africa latina en años sucesivos.

Veamos el destino y evolución de los ensayos unitarios realizados bajo la égida francesa.

⁸ La Federación del Mali fue creada en Dakar por el Sudán francés, Senegal, Níger y Dhomey (enero 1959); estos dos últimos Estados se separaron para constituir en Abidjan, con Alto Volta y Costa del Marfil el Consejo de la Entente (mayo 1959).

AFRICA ECUATORIAL FRANCESA (AEF)

En 1910 el gobierno de París organizó los cuatro territorios del Chad, Congo Medio⁹, Ubangui-Chari¹⁰ y Gabón en una entidad denominada Africa Ecuatorial Francesa, bajo la dirección de un gobernador residente en Brazzaville, que funcionaba como una federación colonial con un gobierno central fuerte y existiendo en ella una efectiva comunidad económica.

Tras la Ley de Bases de 1956, el AEF quedó organizada, en términos generales, como una federación que, al aproximarse la independencia, se dio por concluida el 1 de julio de 1959, preparando el camino para la transferencia de la soberanía a cada uno de los territorios integrantes de la misma. Pero se mantuvo la colaboración económica al constituirse la Unión Aduanera Ecuatorial («Union Douaniere Equatoriale», UDE), cuyo órgano supremo lo constituyó la Conferencia de Jefes de Estado, funcionando un secretariado y un comité de dirección formado por los ministros de Hacienda de los Estados miembros.

Aunque la UDE no preveía la libre transferencia de trabajadores entre los Estados miembros y existían considerables diferencias en la renta *per cápita* de los mismos, constituyó durante su existencia un eficaz instrumento de progreso económico para sus integrantes.

A dicha organización se incorporó en 1961, Camerún, que poseía un *status* político diferenciado del AEF por su carácter primero de mandato y luego de fideicomiso; aunque de hecho ya existía desde 1955 un acuerdo comercial entre dicho país y el AEF que permitía el intercambio, con exención de derechos, de ciertos productos entre ambos territorios.

AFRICA OCCIDENTAL FRANCESA (AOF)

Evolución paralela se produjo en los territorios del Africa Occidental Francesa, que había sido organizada en 1895, agrupando a las posesiones galas en aquella parte del Continente, y que constituía una auténtica federación con unidad económica efectiva, la misma moneda, unión aduanera y, desde 1904, un presupuesto general, en condiciones iguales al AEF.

⁹ Hoy República del Congo (Brazzaville).

¹⁰ Hoy República Centroafricana.

Desde 1948 se establecen por Francia planes cuatrienales para toda el AOF, en los que se preveía la distribución de los cultivos e industrias entre los distintos territorios. Lo que provocó diferencias entre los miembros más ricos y los más pobres, y al poco tiempo cada país reclamó su propio plan.

En 1959 se procede a la disolución del AOF en un proceso paralelo al de la AEF, siendo sustituida en el plano económico por una organización similar a la UDE; la Unión Aduanera del Africa Occidental (UDOA)¹¹. Con lo cual la fragmentación del Africa negra no lleva tampoco aquí al colapso de sus instituciones económicas y monetarias¹².

* * *

En el Africa Sajona la evolución de los intentos unificadores con anterioridad a la independencia es singularmente diferente al rumbo seguido en el Africa Latina.

Existían tres grandes zonas en las cuales se pensó o ensayó sin éxito la federación dentro del marco colonial: En el Africa Occidental Inglesa, en la Oriental y en la Central; salvo en la primera, donde los colonos eran muy escasos, por y en beneficio, fundamentalmente, de las minorías europeas allí establecidas.

AFRICA OCCIDENTAL BRITÁNICA

Constituía un grupo de posesiones, donde la Gran Bretaña aplicó con éxito el régimen de «Gobierno indirecto», y dentro los territorios del Africa británica, es en ellas donde primeramente surgirán unas élites nacionales preparadas y con aspiración ya antigua a la independencia.

En la tercera década del siglo se crea el «National Congress of British West Africa» y otros partidos y asociaciones que aspiraban a integrar en una federación las disímiles y separadas posesiones británicas en el Africa Occidental, idea que no se concretará al aproximarse la independencia, tanto por las dificultades que la geografía presentaba como por el choque de per-

¹¹ En la misma se integraron todos los Estados independientes surgidos del AOF, a excepción de Guinea (Conakry), que en el referéndum de 1958 había optado por la independencia, y Togo, cuyo *status* era igual al de Camerún.

¹² TOMÁS MESTRE: *Africa como conflicto*. Edicusa. Madrid, 1968; p. 266. He tomado de este libro, excelente estudio, y con la autorización del autor, muchos de los datos del presente trabajo.

sonalidades entre los líderes de la independencia y los propios problemas nacionales internos.

Eran cuatro territorios disímiles en extensión, población, riqueza, culturalmente distintos y geográficamente separados—Nigeria, Costa de Oro, Sierra Leona y Gambia—, y por ello los sueños iniciales del nacionalismo de crear unos Estados Unidos del Africa Occidental Británica, muy populares entre 1930 y 1950, fueron desapareciendo conforme se aproximó la fecha de la independencia y los Estados tuvieron que hacer frente a sus propios problemas de orden interno tan graves como acuciantes.

AFRICA CENTRAL INGLESA

La Federación del Africa Central Inglesa, a cuya disolución seguirá, en el plazo de pocos meses, la independencia de sus componentés, es el más claro ejemplo de un intento federal iniciado por la metrópoli para beneficiar preferentemente a la minoría de origen europeo.

La idea federal nace en los primeros tiempos del control británico sobre Rhodesia del Norte, Rhodesia del Sur y Nyasalandia, inicialmente colonias de compañías privadas que pasaron luego a ser dependencias directas de la Corona.

En 1922 Rhodesia del Sur, la colonia con mayor proporción de habitantes de origen europeo, rehusó unirse a la Unión Sudafricana, y esta desconfianza, tanto hacia su poderoso vecino meridional como hacia el gobierno a plazo más o menos lejano por la población autóctona, abrumadoramente mayoritaria, serán las notas que inspiren los proyectos federales de las tres posesiones británicas: política que encontrará desde el primer momento la hostilidad decidida de la población africana.

En 1930 el Gobierno británico declaró su apoyo a los intereses de la población africana en esta región, lo que provocó, por parte de la minoría europea en Rhodesia del Norte, un movimiento en favor de la alianza con las vecinas colonias británicas, que triunfa al autorizar el Gobierno de Londres en 1953 la federación de los tres territorios, utilizando un doble argumento; que la misma, en cuyo Gobierno estaría representada la mayoría africana, daba una solución multirracial a los problemas del Africa Central, y que esta solución federal beneficiaría económicamente a los miembros.

Este último argumento, el más socorrido en todos los ensayos federales del período preindependentista, era un tanto discutible en este caso. El puntal económico de la Federación lo constituía el cobre, que proporcionó siempre más de la mitad de sus exportaciones, artículo que, unido a otros metales y al té y al tabaco, constituyó siempre más del 85 por 100 de las mismas; mientras que la industria, concentrada en Rhodesia del Sur y en la zona cuprífera de Rhodesia del Norte, estaba orientada preferentemente a satisfacer las necesidades de la población europea.

En 1954 Rhodesia del Sur contribuiría con el 49 por 100 al producto nacional bruto de la Federación; Rhodesia del Norte, con el 42 por 100, y Nyasalandia, tan sólo con el 9 por 100, no obstante contar los tres territorios aproximadamente con la misma población, lo que reflejaba su composición étnica y la desigual distribución de la renta entre europeos y africanos, diferencia que, aunque algo acortada en el curso de los años de la Federación, seguía siendo muy considerable al disolverse la misma.

Y esta desigual distribución de la renta entre ambas razas tuvo en todo momento su reflejo en la marcha de la Federación, en su política económica y social y en la permanente hostilidad de la mayoría africana a la misma.

Las inversiones se realizaron siempre mayoritariamente en Rhodesia del Sur, donde se encontraba la capital federal—Salisbury—y se concentraba la mayoría de la población europea; la educación y agricultura de éstos era competencia federal, mientras que la de los africanos constituía responsabilidad de los territorios, con una inversión *per cápita* notablemente inferior.

Todo lo anterior, no obstante los sustanciales progresos económicos de la Federación, provocó la decidida hostilidad de la población autóctona, por lo que la idea misma de la unión entró en crisis.

En 1959 se produjeron en Nyasalandia graves disturbios, ante los que el Gobierno de Londres designó la Comisión Devlin para examinar los problemas a los que tenía que hacer frente la Federación, y al año siguiente, la Comisión Monckton, para estudiar la reforma constitucional de la misma, y aunque la mayoría de sus miembros se manifestaron partidarios de mantener el régimen federal por razones económicas, señaló en su informe final que: «La oposición a la misma entre los africanos de los dos territorios septentrionales es general, sincera, arraigada y casi patológica... Tras siete años de Federación, la desconfianza africana alcanza tal intensidad que no puede superarse sin cambios drásticos y fundamentales tanto en la estructura de la misma como en la política racial de Rhodesia del Sur.»

No obstante las recomendaciones de la Comisión Monckton, favorables al mantenimiento del sistema federal, como consecuencia de las elecciones de Nyasalandia en 1961 y de 1962 en Rhodesia del Norte, el primero de ambos países anunció su decisión de separarse, y en 1963 queda disuelta la Federación. Al año siguiente Nyasalandia y Rhodesia del Norte se convierten en sendos Estados independientes bajo gobierno africano con el nombre, respectivamente, de Malawi y Zambia, y en 1965 Rhodesia del Sur proclama su independencia, no reconocida internacionalmente, bajo control de la minoría de origen europeo.

AFRICA ORIENTAL INGLESA

También bajo la égida de Londres se realiza en los años que preceden a la independencia una integración, de carácter eminentemente económico, de las posesiones británicas en el Africa Oriental: Kenia, Uganda y Tanganika.

La idea era antigua, y ya en 1917 se estableció la libertad de comercio entre Kenia y Uganda, en la que Tanganika, Mandato de la Sociedad de Naciones, queda incluida entre 1922 y 1927.

En 1926 se establece la conferencia de gobernadores de los tres territorios, que a partir de 1932 adquiere carácter anual.

Durante la segunda guerra mundial, aisladas estas posesiones del poder central, se intensificó la cooperación entre ellas que plasma en el proyecto británico de 1945 sobre la futura organización de los servicios interterritoriales en aquella región africana.

Como consecuencia de ello se crea en 1948 un organismo ejecutivo permanente: el Alto Comisariado del Africa Oriental; en 1949 se llega a una efectiva unión aduanera, y en 1961, como consecuencia del informe de la Comisión Raisman, se crea, en vísperas de la independencia, la Organización de Servicios Comunes del Africa Oriental («East African Common Services Organization», EACSO), que seguirá funcionando después de la independencia, que obtiene Tanganika en 1961, Uganda en 1962 y Kenia en 1963, no obstante las tensiones económicas y sociales producidas por similares motivos que en la Federación del Africa Central, hasta su sustitución por una nueva entidad en 1967.

La EACSO estableció un secretariado en Nairobi y un comisionado de

aduanas en Mombasa, correspondiendo el poder ejecutivo a la reunión de primeros ministros —luego presidentes— de los tres países.

* * *

Además de los ensayos anteriores, que podemos calificar de plurinacionales, al producirse la independencia se establecen en Africa varias federaciones de carácter nacional con territorios más o menos disímiles.

Prescindiendo del caso harto conocido de Guinea Ecuatorial podrían darse como ejemplos de tales federaciones las constituidas en Camerún y Nigeria.

CAMERÚN

El caso de Camerún —similar en Africa al de Somalia— es un ejemplo de integración en régimen federal de dos territorios sometidos a distintas metrópolis, cuya influencia cultural y lingüística absorben en menor o mayor grado las fracciones que formarán el nuevo Estado.

Los límites y vicisitudes históricas del Camerún se deciden por las cancillerías europeas desde su ocupación por Alemania en 1884 y plasman en su división en 1922 en dos Mandatos de la Sociedad de Naciones, uno en su parte oriental, atribuido a Francia, mientras que la occidental se asigna a Inglaterra.

El movimiento en pro de la autodeterminación era fuerte en ambas regiones, pero el desarrollo y avatares de la administración metropolitana van a determinar la futura adhesión de los cameruneses a una u otra entidad política.

La región occidental fue dividida por Inglaterra en dos partes a efectos administrativos, Norte y Sur, siguiendo la división territorial de la vecina Nigeria bajo dominio británico, sin comunicaciones ni contactos, ambas regiones del Camerún Occidental evolucionaron separadamente.

La septentrional fue administrada como parte integral del territorio de Nigeria del Norte, mientras que la meridional conservó su propia estructura, una cierta autonomía y, comunicada con la parte de Camerún bajo Mandato francés, mantuvo contacto con aquélla, al tiempo que desconfiaba de la inmigración de los ibos de Nigeria Oriental, que al igual que en otras partes de aquel país se establecen como comerciantes y empleados.

En 1954 el Gobierno británico, al reorganizar administrativamente Nigeria, reconoce al Camerún meridional un *status* cuasi federal, y en 1955 se funda el Partido Nacional Democrático del Camerún («Kamerun¹³ National Democratic Party»), que propugnaba la separación absoluta de Nigeria y la unión con la parte francesa.

Esta última obtiene su autonomía el 1 de enero de 1959 y su independencia un año después, al producirse la de Nigeria en octubre del mismo año estallaron disturbios en el Camerún Meridional que obligaron a la intervención británica. Estabilizada la situación, el 11 de febrero de 1961 se realizó un plebiscito en el Camerún Occidental, de acuerdo con cuyos resultados su parte norte se integró en Nigeria y la meridional se unió al Camerún.

El 1 de septiembre de 1961 se aprobó la Constitución federal del Camerún, que integró a las dos entidades y en la que se mantuvo la personalidad política y cultural de ambas al propio tiempo que se realizaba la unión económica de las mismas¹⁴.

NIGERIA

Constituye otro ejemplo de federación africana, formada sobre unos límites artificiales, herencia de la época colonial, en los que convivían etnias totalmente disimiles por su grado de cultura, religión, distribución demográfica y entre las que históricamente existían contradicciones que estallarán trágicamente en la crisis de 1966 a 1970, que llevaría a la desaparición de la estructura federal heredada de los últimos tiempos del dominio británico.

La constitución y evolución del sistema federal en Nigeria tiene un triple origen: la índole de la instauración del poder británico en el país; la política seguida por éste para integrar los diversos grupos etnosociales existentes y la propia actuación política de los nacionalistas nigerianos en los años que preceden a la independencia, actuación muy mediatizada en cada caso por los intereses de la propia etnia¹⁵.

¹³ Los nacionalistas cameruneses empleaban la grafía alemana al referirse a su patria para indicar que la misma comprendía todo el territorio—más extenso que el actual—en su día bajo administración germánica.

¹⁴ Actualmente en la República Federal del Camerún el Estado occidental cuenta con el 20 por 100, y el oriental, con el 80 por 100 de la población. La extensión es, respectivamente, del 10 por 100 y del 90 por 100 del territorio federal.

¹⁵ V. para más detalles mi estudio «Nigeria, raíces de una crisis», en el núm. 99 de esta revista.

En su territorio, doble en extensión al de España, coexistían tres grandes grupos étnicos. En el Sudoeste el yoruba, de cultura antigua y organizado en pequeños Estados de gobierno político-religioso. En el Sudeste los ibos, estructurados en estados-ciudades, y que, al igual que los yorubas, adoptaron pronto las formas de vida y cultura europeas, a lo que se unía la existencia entre los ibos de una importante minoría católica, muy escasa en cambio entre los yorubas dado lo avanzado del proceso de islamización de los mismos al llegar los europeos.

Y en el norte del país las etnias, más o menos emparentadas, de canurries, fulanías y hausas, islamizados, organizados en sultanatos, sometidos en fecha tardía a dominio británico y entre los cuales formas y modos europeos habían arraigado muy poco, debido en gran parte al régimen mantenido en aquella región por el gobierno metropolitano, que conservó las estructuras políticas precoloniales.

Junto a estas etnias de mayor importancia coexistían otras que habitaban la zona intermedia entre los territorios del Norte y meridionales—llamada el «Middle Belt»—y otros numerosos grupos raciales en cada una de las regiones con independencia y a veces en convivencia difícil con los dominantes en la misma.

Prescindiendo de las vicisitudes administrativas, lógicas en todo proceso colonial, podemos decir en términos generales que la región meridional fue administrada directamente por Londres con la limitada colaboración de las poblaciones locales y que en la septentrional se dejó intacta la organización en pequeños reinos que si *de jure* dependían de Inglaterra, *de facto* conservaron toda su autonomía, pero también una estructura política tradicional, mientras que los técnicos procedentes del Sur y formados en las escuelas misionales iban ocupando los puestos intermedios de la administración colonial, creando unas tensiones que estallarían a plazo más o menos largo.

En 1922 se creó un Consejo Legislativo con algunos miembros africanos designados por elección, pero limitado al Sur del país, mientras que en el Norte se mantiene el régimen de «Gobierno indirecto».

Tras la segunda guerra mundial, la política inglesa en relación con Nigeria evoluciona rápidamente y plasma en 1947, en la «Constitución Richards», básicamente unitaria, con elecciones indirectas, aplicable a todo el país, y en la que, por primera vez, se establecía para Nigeria la representación regional.

Ello puso por primera vez en contacto a los representantes de las dos grandes regiones de Nigeria y salieron a la luz los intereses contradictorios de las mismas.

Este régimen es sustituido en 1950 por la «Constitución Macpherson», de carácter vagamente federal, siguiendo los límites de las entidades administrativas existentes, y, por último, en 1954, se revisa esta Constitución, dando más poderes a las regiones, como reflejo de los sentimientos particularistas de los grupos que las controlaban, régimen que llegará hasta la independencia en 1960.

Y es que, en efecto, la evolución del nacionalismo nigeriano y la constitución de los grupos políticos portavoces del mismo va a seguir unas líneas étnicas, aunque no fuera tal la idea primitiva de sus fundadores y dirigentes.

Tras una etapa panafricanista, el nacionalismo nigeriano, cuando comprende las grandes dificultades no sólo para la integración política continental, sino de las propias y disimiles posesiones británicas en el Africa Occidental, adopta un matiz decididamente nacional, nigeriano, tratando de superar las diferencias internas.

Un intelectual de origen ibo, Nnamdi Azikiwe, funda en 1944 el primer partido político de carácter nacional, el Consejo Nacional de Nigeria y Camerún («National Council of Nigeria and the Cameroons», NCNC)¹⁶. Este partido estuvo dominado por los ibos; por ello, en 1951, los intereses de la etnia yoruba pasa a canalizarlos un político de este origen, el Obafemi AWOLOWO, en un nuevo partido, el «Action Group» (AG).

En las elecciones de aquel año cada uno de estos partidos queda en control de la región donde son mayoritarias las etnias respectivas; es decir, tales partidos políticos se convierten desde los primeros momentos en instrumento de sus propios intereses comunitarios, con el peligro siempre latente, y que estallaría después de la independencia, de un fraccionamiento de la Federación según líneas étnicas. Entretanto la región septentrional canalizó los intereses de sus etnias dominantes en el Congreso del Pueblo del Norte («Northern People's Congress», NPC), que a su vez se convierte en el partido gobernante y hegemónico en dicha región¹⁷.

¹⁶ No olvidemos que en aquella época la parte occidental del Camerún era administrada por Gran Bretaña como parte de Nigeria.

¹⁷ Hubo otros grupos políticos: el NEPU, constituido por norteños de tendencia progresista. El «United Belt Congress», que trató de agrupar a las tribus de la región central, etc..., pero ninguno de ellos llegó a adquirir la fuerza de los tres grandes partidos y fracasaron en sus esfuerzos por conseguir la creación de nuevas regiones autónomas.

La situación en cierto momento y ante las incompatibilidades de los diversos grupos raciales hizo pensar seriamente a los dirigentes del Norte en la secesión, que no se llevó a cabo ante el temor de los evidentes perjuicios económicos y el aislamiento que la misma acarrearía.

Es un ejemplo más el caso de Nigeria de cómo antes de la autodeterminación resulta muy difícil superar una serie de problemas internos, dado que si los tres grupos etnopolíticos tenían interés en una solución federal, no podían prescindir de la mediatización del poder colonial, y que si los norteños eran más numerosos, los meridionales eran más homogéneos y mejor preparados.

La independencia de Nigeria fue saludada con gran optimismo; era la nación más poblada de Africa; su potencial económico era grande; pero las tensiones internas llevaron al nuevo Estado, en años posteriores, al borde de su disolución y, por último, al establecimiento de un Gobierno central fuerte y al abandono del régimen federal.

RUANDA-URUNDI

Es, en cambio, un ejemplo de cómo una federación preparada por el poder metropolitano se disuelve al producirse la independencia por las contradicciones étnicas entre sus miembros.

Administrados conjuntamente por Bélgica ambos territorios como mandatos de la Sociedad de Naciones, al acceder a la independencia el 1 de julio de 1962 se produce la separación política, constituyéndose la República Ruandesa y el Reino de Burundi, cuya unión económica quedó disuelta en 1964, momento en que la primera era gobernada por los bahutos, y el segundo, por los watusis; otro ejemplo de comunidades hostiles en convivencia geográfica como consecuencia del reparto colonial del continente.

* * *

El Africa árabe de los Protectorados constituía un mundo diferente al Africa latina o Africa sajona; en ellas el dominio metropolitano adoptó formas distintas que en el resto del continente; sus instituciones políticas, de profunda raigambre, fueron respetadas en Marruecos, Túnez y Egipto, mientras que en Libia y Argelia las metrópolis respectivas trataron de se-

guir una fracasada política de asimilación. Estos cinco países tienen mucho en común: fe, raza, historia, idioma, cultura y su posición mediterránea, y entre ellos podemos incluir, bien que parcialmente por encontrarse a caballo con el Africa negra, a Sudán y Mauritania.

Teniendo en cuenta las notas comunes, no es extraño que mucho antes de llegarse a la autodeterminación hubiese intentos de unión entre estas naciones, intentos que generalmente tienen dos polos: uno panarabista y pan-africano, centrado en Egipto, que, por su mayor población, su *status* político peculiar, incluso antes de la plena independencia; el peso de su historia y su propia posición geográfica, está empujado por un determinismo histórico a una función aglutinadora de los países cercanos, y por otro lado, el movimiento integrador de los tres países del Magreb: Marruecos, Argelia y Túnez, área en la que muchos autores incluyen también a Libia.

Los movimientos integradores fueron singularmente fuertes en los años inmediatos a la independencia, sin éxitos positivos por el carácter enormemente fluido de la política de estos países, tras obtenida aquélla, lo que ha hecho trastocar alianzas y combinaciones diplomáticas en lo que hoy sigue siendo un ajedrez internacional.

* * *

Cronológicamente el primer intento integrador fue el de Egipto y Sudán. Entre 1899 y 1936 constituyó el segundo de dichos países jurídicamente un condominio angloegipcio; de hecho, una colonia británica. Después de la segunda guerra mundial el Gobierno egipcio se manifestó partidario de la incorporación del Sudán bajo la fórmula de unión personal, dado el régimen monárquico entonces imperante en Egipto.

La Gran Bretaña era opuesta a las aspiraciones de El Cairo, ante lo que el Gobierno egipcio llevó el asunto al Consejo de Seguridad en 1947. Los sudaneses entretanto se dividieron en dos partidos: «Umma», que propugnaba la independencia absoluta, y «Ashigga», que favorecía una unión más o menos federal con Egipto, y al celebrarse las primeras elecciones generales sudanesas en 1955 los proegipcios las sabotearon.

Dos años después, cuando Gran Bretaña concede la autonomía al Sudán, comenzaron a ponerse de manifiesto, al igual que en el resto de los Estados africanos en similar etapa de su desarrollo político, la diversidad de tendencias, tensiones internas y ocultas hostilidades que la lucha por la autoder-

minación frente al poder metropolitano hace olvidar en el curso de la misma, pues en dicha oportunidad ya plantean las etnias meridionales del Sudán—no árabes—la creación de un Estado federal, pero no con Egipto, lo que las hubiera colocado en posición muy minoritaria, sino en el seno del futuro Sudán independiente.

Ante la progresiva complicación de los hechos, Egipto en 1951 denuncia el tratado de 1936, y Faruk se proclama «rey de Egipto y del Sudán». Instaurada en El Cairo la República, se llega en 1953 a un acuerdo con Gran Bretaña sobre el autogobierno y autodeterminación para el Sudán, decidiendo que este país escogiese entre las dos alternativas: la unión con Egipto en un régimen federal o la completa independencia. Y conforme se aproxima el momento, el sentimiento en pro de la independencia absoluta va tomando fuerza en el Sudán ante el miedo de su absorción por Egipto, dada la superior población de este país, al propio tiempo que los sudeños propugnaban un Estado federal sudanés o un fideicomiso de las Naciones Unidas sobre las tres provincias meridionales ante el temor de su dominación por los norteños árabes, produciéndose en 1955 los primeros incidentes armados entre ambas etnias, antecedente de situaciones posteriores.

Sin acudir al plebiscito, el Parlamento sudanés acuerda la independencia absoluta, que reconocen al año siguiente Egipto y el Reino Unido.

Años después se reanudarán estos intentos federales entre ambos países, en los que ya quedan incluidos terceros Estados.

* * *

Por otra parte, en 1945 se firma en El Cairo el Pacto de la Liga Árabe; de sus miembros originarios sólo Egipto era africano; pero en años ulteriores, y conforme alcanzan la independencia, se incorporarán a ella Libia, Sudán, Marruecos, Túnez y Argelia. La lucha por la independencia argelina encontró el aliento y simpatía de la Liga Árabe, aunque adoptará después una postura reticente en relación con Mauritania al obtenerla este país.

* * *

Pero los intentos con mayor viabilidad eran evidentemente los que podían realizar los países magrebíes, con tantas notas en común: raza, civilización, lengua, cultura y homogeneidad geográfica, por lo que constituían perfecta materia prima para la unidad.

Sometidos a Francia, salvo la parte del Protectorado español de Marruecos, la metrópoli siguió una política de división respecto a los mismos, fomentando los lazos directos de cada uno de los tres países con París; a ello se unió la guerra de Argelia, que si contó con la simpatía de sus vecinos, que habían obtenido ya la independencia con mínimas dificultades, crea, en cambio, en aquel país un sentimiento nacionalista muy acusado por la dureza y duración de la lucha, que espiritualmente contribuirá a separarle de sus vecinos.

En 1943 se crean en Marruecos y Túnez sendos partidos nacionalistas, con aspiraciones a una integración del Gran Magreb, que en mayo de 1945 firman por vez primera una Carta del Magreb.

En 1953, ya independientes ambas naciones y luchando Argelia por la suya, se reúnen delegados de Marruecos, Túnez y del FLN argelino en la Conferencia de Tánger, donde se aprobó una convención cuyos puntos esenciales exponían la necesidad de conseguir la unidad magrebina a través de una federación de los tres territorios¹⁸. Pero por los motivos antes indicados, una vez obtenida Argelia su independencia, la idea inicial se enfría progresivamente, a lo que contribuyen dos hechos: la situación de Mauritania y el problema de los límites.

Mauritania obtiene su independencia el 28 de noviembre de 1960, y si es reconocida por Túnez, encuentra la total hostilidad de Marruecos durante largo tiempo¹⁹. Lo que contribuye no sólo a alejar a Mauritania de cualquier super-Estado magrebino, sino que se adhiere, por el contrario, al «grupo de Monrovia», manteniéndose de hecho y hasta la actualidad más vinculada política y económicamente al Africa latina que al Africa árabe, a la que históricamente pertenece.

Por otro lado se planteará entre Marruecos y Argelia un problema fronterizo, no obstante el acuerdo de Rabat de 1961 entre ambos países, reconociendo el *uti possidetis* de la época francesa, y que culminará en la crisis de 1963-64, que si se resuelve pacíficamente, constituirá un obstáculo más a la unidad.

Desde 1964 existe un Comité Consultivo del Magreb, que intentó esbozar una unión aduanera y económica entre los tres Estados; pero, hoy por hoy, lo disímil de sus regímenes políticos y evolución tras la independencia

¹⁸ TOMÁS MESTRE: *Op. cit.*, pp. 297-98.

¹⁹ Véase mi artículo «Mauritania, el proceso de integración de un Estado nuevo», en el número 116 de esta revista.

han alejado, al menos por el momento, las ilusiones unionistas, tan enraizadas allí como en el resto de los grupos nacionales africanos con historia y cultura comunes²⁰.

Luis MARIÑAS OTERO

²⁰ Libia, a caballo entre el mundo árabe-egipcio y el Magreb, fue después de Egipto el primer país en obtener su independencia, peón en los juegos políticos y unificados internacionales, a partir de 1969 se ha convertido en directo y activo protagonista de los mismos, pero ello pertenece a una etapa ulterior a este estudio.

